25

34
36

61

S885
P

Obras de Alfonsina Storni:

La Inquietud del Rosal	1916 -	versos -	agot.
El Dulce Daño	1918 -	" -	"
Irremediablemente	1919 -	" -	"
Languidez	1920 -	" -	"
Ocre	1925 -	"	en venta

ALFONSINA STORNI

POEMAS DE AMOR

BUENOS AIRES MCMXXVI

Es propiedad.

S74 P6
1926
MAIN

ESTOS *poemas son simples frases de estados de amor escritos en pocos días hace ya algún tiempo.*

No es pues tan pequeño volumen obra literaria ni lo pretende.

Apenas si se atreve a ser una de las tantas lágrimas caídas de los ojos humanos.

846813

UNIV. OF CALIFORNIA

I

ACABABA noviembre cuando te encontré. El cielo estaba azul y los árboles muy verdes. Yo había dormitado largamente, cansada de esperarte, creyendo que no llegarías jamás.

Decía a todos: mirad mi pecho, ¿veis?, mi corazón está lívido, muerto, rígido. Y hoy, digo: mirad mi pecho: mi corazón está rojo, jugoso, maravillado.

II

QUIEN es el que amo? No lo sabréis jamás. Me miraréis a los ojos para descubrirlo y no veréis más que el fulgor del éxtasis. Yo lo encerraré para que nunca imaginéis quién es dentro de mi corazón, y lo meceré allí, silenciosamente, hora a hora, día a día, año a año. Os daré mis cantos, pero no os daré su nombre.

El vive en mí como un muerto en su sepulcro, todo mío, lejos de la curiosidad, de la indiferencia y la maldad.

III

ESTA madrugada, mientras reposaba, has pasado por mi casa. Con el paso lento y el aliento corto, para no despertarme, te deslizaste a la vera de mi balcón.

Yo dormía, pero te ví en sueños pasar silencioso: estabas muy pálido y tus ojos me miraban tristemente, como la última vez que te ví.

Cuando desperté nubes blancas corrían detrás de tí para alcanzarte.

ENEMIGOS míos, si existís, he aquí mi corazón entregado. Venid a herirme.

Me encontraréis humilde y agradecida: besaré vuestros dedos; acariciaré los ojos que me miraron con odio; diré las palabras más dulces que jamás hayáis oído.

V

En este crepúsculo de primavera yo volaría, sí, yo volaría.

Si no fuera que el corazón henchido, cargado, dolorido, enorme, llena mi pecho, dificulta mis movimientos, entorpece mi cuerpo y me mantiene adherida a la tierra donde tú vives, ¡oh mío!

VI

POR sobre todas las cosas amo tu alma. A través del velo de tu carne la veo brillar en la obscuridad: me envuelve, me transforma, me satura, me hechiza.

Entonces hablo para sentir que existo, porque si no hablara mi lengua se paralizaría, mi corazón dejaría de latir, toda yo me secaría deslumbrada.

VII

CADA vez que te dejo retengo en mis ojos el resplandor de tu última mirada.

Y, entonces, corro a encerrarme, apago las luces, evito todo ruido para que nada me robe un átomo de la substancia etérea de tu mirada, su infinita dulzura, su límpida timidez, su fino arrobamiento.

Toda la noche, con la yema rosada de los dedos, acaricio los ojos que te miraron.

VIII

¡PALIDEZ de tu cara desangrada!

¡Zumo de nomeolvides atravesando entre napa y napa de la piel!

Cuando aposenté la rosa muerta de mi boca fuí, sobre aquella pureza, más ligera que la sombra de la sombra...

XI

TE amo profundamente y no quiero besarte.

Me basta con verte cerca, perseguir las curvas que al moverse trazan tus manos, adormecerme en las transparencias de tus ojos, escuchar tu voz, verte caminar, recoger tus frases.

XVI

TE hablé también alguna vez, en mis cartas, de mi mano desprendida de mi cuerpo y volando en la noche a través de la ciudad para hallarte.

Si estabas cenando en tu casa, ¿no reparaste en la gran mariposa que, insistente, te circuía ante la mirada tranquila de tus familiares?

XIX

Amo y siento deseos de hacer algo extraordinario.

No sé lo qué es.

Pero es un deseo incontenible de hacer algo extraordinario.

¿Para qué amo, me pregunto, si no es para hacer algo grande, nuevo, desconocido?

XII

He pasado la tarde soñándote. Levanto los ojos y miro las paredes que me rodean, como adormilada.

Los fijo en cualquier punto y vuelven a transcurrir las horas sin que me mueva.

Por fuera anda gente, suenan voces... Pero todo eso me parece distante, apartado de mí, como si ocurriera fuera del mundo que habito.

XIII

TAÑIDO de campanas, grosero tañido de campanas: herís mi alma y asustáis en esta hora mis finos pensamientos de amor.

XIV

Estás circulando por mis venas.

Yo te siento deslizar pausadamente.

Apoyo los dedos en las arterias de las sienes, del cuello, de los puños, para palparte.

XV

PONGO las manos sobre mi corazón y siento que late desesperado.

—¿Qué quieres tú? Y me contesta:—Romper tu pecho, echar alas, agujerear las paredes, atravesar las casas, volar, loco, a través de la ciudad, encontrarle, ahuecar su pecho y juntarme al suyo.

XVI

TE hablé también alguna vez, en mis cartas, de mi mano desprendida de mi cuerpo y volando en la noche a través de la ciudad para hallarte.

Si estabas cenando en tu casa, ¿no reparaste en la gran mariposa que, insistente, te circuía ante la mirada tranquila de tus familiares?

XVII

¿Oyes tú la vehemencia de mis palabras?

Esto es cuando estoy lejos de él, un poco libertada.

Pero a su lado ni hablo, ni me muevo, ni pienso, ni acaricio.

No hago más que morir.

XVIII

Tú, el que pasas, tú dijiste: ésa no sabe amar.

Eras tú el que no sabías despertar mi amor.

Amo mejor que los que mejor amaron.

XIX

Amo y siento deseos de hacer algo extraordinario.

No sé lo qué es.

Pero es un deseo incontenible de hacer algo extraordinario.

¿Para qué amo, me pregunto, si no es para hacer algo grande, nuevo, desconocido?

XX

VENID a verme. Mis ojos relampaguen y mi cara se ha transfigurado.

Si me miráis muy fijo os tatuaré en los ojos su rostro que llevo en los míos.

Lo llevaréis estampado allí hasta que mi amor se seque y el encanto se rompa.

XXI

Cuando miro el rostro de otros hombres sostengo su mirada porque, al cabo de un momento, sus ojos se esfuman y en el fondo de aquellos, muy lentamente, comienzan a dibujarse y aparecer los tuyos, dulces, calmos, profundos.

XXII

Me he encerrado en mi cuarto después de verlo.

El techo, solamente el techo, me separa de las estrellas.

¡Oh, si pudiera con la sola fuerza de mis ojos, apoyar mis miradas contra aquél y hacerlo saltar de su sitio!

Tendida sobre mi lecho, en el silencio de este mi cubículo, vería, como desde el cajón de un muerto, la estrella que hace un instante miramos juntos.

XXIII

Miro el rostro de las demás mujeres con orgullo y el de los demás hombres con indiferencia.

Me alejo de ellos acariciando mi sueño.

En mi sueño tus ojos danzan lánguidamente al compás de una embriagadora música de primavera.

XXIV

ESCRIBO estas líneas como un médium, bajo el dictado de seres misteriosos que me revelaran los pensamientos.

No tengo tiempo de razonarlos.

Se atropellan y bajan a mi mano a grandes saltos.

Tiemblo y tengo miedo.

XXV

Es media noche. Yo estoy separada de tí por la ciudad: espesas masas negras, ringlas de casas, bosque de palabras perdidas pero aun vibrando, nubes invisibles de cuerpos microscópicos.

Pero proyecto mi alma fuera de mí y te alcanzo, te toco.

Tú estás despierto y te estremeces al oirme. Y cuanto está cerca de tí se estremece contigo.

XXVI

Si el silencio invade mi cuarto y nada se oye mi pensamiento se clava en tí.

Entonces sufro como alucinaciones.

Pienso que, de improviso, las puertas de mi cuarto se abrirán solas y sobre el umbral aparecerás tú.

Pero no como eres, sino de una vibrátil substancia luminosa.

XXVII

Vivo como rodeada de un halo de luz.

Este halo parece un fluído divino a través del cual todo adquiere nuevo color y sonido.

XXVIII

Parece por momentos que mi cuarto estuviera poblado de espíritus, pues en la oscuridad oigo suspiros misteriosos y alientos distintos que cambian de posición a cada instante.

¿Los has mandado tú?

¿Eres tú mismo que te multiplicas invisible a mi alrededor?

XXIX

¡Amo! ¡Amo!...

Quiero correr sobre la tierra y de una sola carrera dar vuelta alrededor de ella y volver al punto de partida.

No estoy loca, pero lo parezco.

Mi locura es divina y contagia.

Apártate.

XXX

Un viento helado y agudo me ha envuelto hace un momento como para robarme algo.

¿Sabe, acaso, que estoy saturada de amor, e intenta él, olvido eterno, cargarse de mi constancia y entibiarse con mi ternura?

Pero, yo le he dicho: ¿no te basta con todo lo que arrastras, vagabundo?

Todo mi amor es poco para mí; no te doy nada.

XXXI

Rosa, divina rosa que te balanceas al viento, aun salpicada de la menuda lluvia nocturna. Eres feliz en tu placidez, sobre la frescura jugosa de tu tallo, bajo el dulce cielo de diciembre. Pero no tanto como yo. Tú no puedes mirarlo y yo sí. Si sus manos posaran en tu carnadura, no las reconocerías, como yo, por su simple tacto. Si oyeras cerca de ti el latido de su corazón, no sabrías que es el suyo, como yo, por su solo golpe.

XXXII

Oye: yo era como un mar dormido.

Me despertaste y la tempestad ha estallado.

Sacudo mis olas, hundo mis buques, subo al cielo y castigo estrellas, me avergüenzo y me escondo entre mis pliegues, enloquezco y mato mis peces.

No me mires con miedo.

Tú lo has querido.

XXXIII

Te amo porque no te pareces a nadie.

Porque eres orgulloso como yo.

Y porque antes de amarme me ofendiste.

XXXIV

He bajado al jardín con la primera luz de la mañana.

La fina humedad del rocío refresca mis plantas, y los párpados se distienden bajo la dulzura del aire primaveral. Veo los rosales en flor, la nevada enredadera, la negra raya movediza de las hormigas y el limonero cargado de frutos de oro.

Pero pienso: por fuera tenéis oro y por dentro sois ácidos! El corazón de él no es así: es dulce y bello por dentro y por fuera.

XXXV

En la casa silenciosa, de patios calmos, frescos y largos cocorredores, solamente yo velo a la hora de la siesta.

Quema el sol sobre los mármoles.

La blanca y familiar perrita apoya sus patas delanteras sobre mis rodillas y me mira de un modo extraño.

Yo le pregunto: ¿también sabes tú que lo amo?

XXXVI

SUSURRO, lento susurro de hojas de mi patio al atardecer.
¿Por qué me enloquecéis susurrándome su nombre?
El no vendrá hoy.
Piensa en mí, pero no vendrá hoy.

XXXVII

En una columna me apoyo, y te sueño.

Mi mejilla, en contacto con el frío mármol hiela mi corazón.

Gruesas lágrimas caen de mis ojos.

Soy feliz, pero lloro.

XXXVIII

DEMORO verte.
No quiero verte.
Porque temo destruir el recuerdo de la última vez que te ví.

XXXIX

Quiero pesar en tí, cargarte de mi dolor, para que no puedas huir de mi lado.

Porque nadie podría huir de mi lado una vez cargado con el peso de mi dolor.

XI.

He hecho como los insectos.

He tomado tu color y estoy viviendo sobre tu corteza, invisible, inmóvil, miedosa de ser reconocida.

XLI

TE veo en cada cosa, todo me sugiere tu pensamiento.

He levantado los ojos y sobre el techo de la casa vecina visto el tanque que guarda el agua corriente venida del río.

Pienso que acaso estuviste ayer a su orilla y las gotas que tus ojos miraron hayan subido a aquel depósito .

XLII

Oh mujeres: ¿cómo habréis podido pasar a su lado sin descubrirlo?

¿Cómo no me habéis tomado las manos y dicho:—Ese que va allí es él.

Vosotras que sois mis hermanas porque alguna vez el mismo aire os confundió el aliento, ¿cómo no me dijisteis nada de que existía?

XLIII

Ayer te ví pasar cerca de mí; ibas bajo los árboles con tu paso mesurado y la cabeza caída, como pesada de pensamientos.

Pero no quise detenerte.

Porque aún sueñas conmigo, y todo sueño puede ser muerto, aun por la persona amada que lo provoca.

ESTABA en mi hamaca.

Alguien me acunaba con mano adormeciente.

Perseguía sueños incorpóreos; pero faltabas tú.

Hubieras debido sentarte a mi lado y contarme una dulce historia de amor.

Hay una que entona así:

"Eran tres hermanas.

"Una era muy bella, otra era muy buena... ¡La otra era mía!"

XLV

GRÁVIDA de tí, levanté los ojos al cielo, y lo ví grávido de mundos enormes, que, para no asustar a los hombres, deja ver pequeños, luminosos e inofensivos, a la triste y temerosa mirada de los humanos.

XLVI

COMO si tu amor me lo diera todo me obstinaba en el milagro: clavando mis ojos en una planta pequeña, raquítica, muriente, le ordenaba: ¡Crece, ensancha tus vasos, levántate en el aire, florece, enfruta!

XLVII

Si me aparto de la ciudad, y me voy a mirar el río obscuro que la orilla, me vuelvo enseguida.

Porque el agua que se va allá lejos, caminos del mar, se lleva mis pensamientos y entonces me parece que eres tú mismo quien se aleja para siempre en ellos.

XLVIII

ABANDONO la ciudad y me voy al bosque que está a su lado, con la esperanza de encontrarte.

Sé que es un absurdo.

Pero durante todo el camino me repito cuanto he de decirte, aun segura de que no habré de hallarte.

XLIX

PIENSO si lo que estoy viviendo no es un sueño.

Pienso si no me despertaré dentro de un instante.

Pienso si no seré arrojada a la vida como antes de quererte.

Pienso si no me obligarás a vagar de nuevo, de alma en alma, sin encontrarte.

I

TE acuerdas del atardecer en que nuestros corazones se encontraron?

Por las arboladas y oscuras calles de la ciudad vagábamos silenciosos y juntos. Venus asomaba por sobre una azotea mirándonos andar. Yo te pregunté: ¿Qué forma le ves tú a esa estrella?

Tú me dijiste:—La de siempre.

Pero yo no la veía como habitualmente, sino aumentada con extraños picos y fulgurando un brillo verdácec y extraño.

LI

Tu amor me había cubierto el corazón de musgo y me bajaba a las yemas de los dedos su terciopelo blando. Tenía piedad de la madera muerta, de los animales uncidos, de los seres detrás de una reja, de la planta que se hunde sin hallar alimento, de la piedra horizontal empotrada en la calle, del árbol preso entre dos casas. La luz me hería al tocarme y los ojos de un niño ponían en movimiento el río de lágrimas que me doblaba el pecho.

LVI

Siete veces hicimos en media hora el mismo camino.

Ibamos y volvíamos al lado de la verja de un jardín, como sonámbulos.

Respirábamos la humedad nocturna y olorosa que subía de los canteros y, como de pálidas mujeres de ultratumba, por entre los troncos negros de los árboles, veíamos, por momentos, la carne blanca de las estatuas.

LIII

POR veces te propuse viajes absurdos. —Vámonos, te dije, adonde estemos solos, el clima sea suave y buenos los hombres. Te veré al despertarme y desayunaremos juntos. Luego nos iremos descalzos a buscar piedras curiosas y flores sin perfume. Durante la siesta, tendida en mi hamaca bajo las ramas—huesos negros y ásperos de los árboles adulzurados por la piedad blanda de las hojas—me dormiré para soñarte. Cuando despierte, más cerca aun que en el

sueño, te hallaré a mi lado. Y de noche me dejarás en la puerta de mi alcoba.

LIV

SENTADOS en un banco, ¿cuántas horas?, no me atrevía a tomarte las manos.

En la blusa de mi vestido de primavera cayeron, al fin, pesadas, mis lágrimas.

El género las absorbió en silencio, allí mismo, donde está el corazón.

LV

UNA tarde, paseando por debajo de grandes árboles, sobre un colchón de tierra amarillenta, tan muelle como harina cernida, dí en mirar el cielo.

Lo atravesaban delgadas, inmateriales nubes blancas y me entretuve en tejer, con ellas y en ellas, las líneas de tu cara.

LVI

TENÍAS miedo de mi carne mortal y en ella buscabas al alma inmortal.

Para encontrarla, a palabras duras, me abrías grandes heridas.

Entonces te inclinabas sobre ellas y aspirabas, terrible, el olor de mi sangre.

LVII

Me confié a tí. Quería mostrarte cuán perversa era, para obligarte a amarme perversa. Exageré mis defectos, mis debilidades, mis actos oscuros, para temblar de alegría por el perdón a que te obligaba.

Pero, por el noble perdón tuyo, oye, yo hubiera padecido la enfermedad más tremenda que padecieras, la vergüenza más grave que te afrentara, el destierro más largo que te impusieran.

LVIII

OTRA siesta, frente al río que se dirige al mar, tu cabeza en mi falda, imaginamos que la tierra era un buque en movimiento, abriendo en el espacio un camino desconocido.

Desprendida de su ruta habitual seguía a capricho nuestra voluntad y se alejaba, siszagueando, cada vez más del sol ,hacia uno de los bordes del Universo.

Entrecerrados los ojos y aspirando el aliento niño de un recién nacido diciembre, nos sentimos desliga-

dos de toda ligadura, creadores del Camino, la Dirección y el Tiempo.

LIX

ADHERIDA a tu cuello, al fin, más que la piel al músculo, la uña a los dedos y la miseria a los hombres, a pesar de tí y de mí, y de mi alma y la tuya, mi cabeza se niveló a tu cabeza, y de tu boca a la mía se trasvasó la amargura y la dicha, el odio y el amor, la vergüenza y el orgullo, inmortales y ya muertos, vencidos y vencedores ,dominados y dominantes, reducidos e irreductibles, pulverizados y rehechos.

LX

He vuelto sola al paseo solitario por donde anduvimos una tarde cuando ya oscurecía.

He buscado, inútilmente, a la luz de una luna descolorida, sobre la tierra húmeda, el rastro de nuestros pasos vacilantes.

LXI

A media noche, envuelta en paños oscuros para no ser advertida ,rondé tu casa.

Iba y venía.

Tus persianas, tus puertas, cerradas...

Como el ladrón, en puntillas, me acerqué, una, dos, tres veces, a tocar las paredes que te protegían.

LXII

Un pájaro repite insistentemente la misma nota y mi corazón el mismo latido.

¿Por qué no te acercas, pobre avecilla?

Tú sola en la rama... yo sola en mi cuarto...

¿Por qué no te acercas a calentar mi corazón?

LXIII

Mi alegría feroz se ha convertido en una feroz tristeza.

Ambulo por las calles, miro los ojos de los que pasan y me pregunto:

¿Por qué me lo quieren quitar?

Luego doy vueltas y más vueltas.

Busco los parajes solitarios.

Me acurruco debajo de los árboles y desde allí espío a los que pasan con ojos sombríos.

LXIV

Sé que un día te irás.
Sé que en el agua y muerta y plácida de tu alma mi llama es como el monstruo que se acerca a la orilla y espanta sus pálidos peces de oro.

LXV

CUANTO tiempo hace ya que te has ido?

No lo recuerdo casi.

Los días bajan, unos tras otros, a acostarse en su tumba desconocida sin que los sienta. Duermo. No te engañes: si me has encontrado un día por las calles y te he mirado, mis ojos iban ciegos y no veían.

Si te hallé en casa de amigos y hablamos mi lengua dijo palabras sin sentido.

Si me distr la mano o te la dí, en un sitio cualquiera, eran los mús-

culos, sólo los músculos, los que oprimieron.

LXVI

No; no eras hijo mío. No me habías nacido del árbol intrincado y blanco de las venas, ni de los ríos liliputienses y rojos que las habitan, ni del tronco pálido y febril de la médula, ni del polvo color de luna que, comprimido, duerme en los huesos. Naciste de seres cuyos rostros y nombres ignoro.

Sin embargo te anudaba en mis brazos para protegerte de todo ruído, y mecíate con un compás de péndulo, largo, grave, solemne...

Rehuía, entonces, tu boca y buscando tu frente dejaba correr a lo largo de tu cuerpo abandonado el caudal temblante y profundo de mi vida.

LXVII

No volverás. Todo mi ser te llama, pero no volverás. Si volvieras, todo mi ser que te llama, te rechazaría.

De tu ser mortal extraigo, ahora, ya distantes, el fantasma aeriforme que mira con tus ojos y acaricia con tus manos, pero que no te pertenece. Es mío, totalmente mío. Me encierro con él en mi cuarto y cuando nadie, ni yo misma, oye, y cuando nadie, ni yo misma, vé, y cuando nadie, ni yo misma, lo sabe, tomo el fantasma entre mis brazos y con el

antiguo modo de péndulo, largo, grave y solemne, mezo el vacío...

Lo escribió Alfonsina Storni.
Lo dibujó Rodolfo Franco.
Lo imprimieron
Porter Her-
manos.